



Benjamín Chávez:

20 años despu

A dos décadas de la muerte de uno de los escritores más geniales, Benjamín Chávez recuerda a Borges con un homenaje al maestro, sobre algunos aspectos de su obra. I

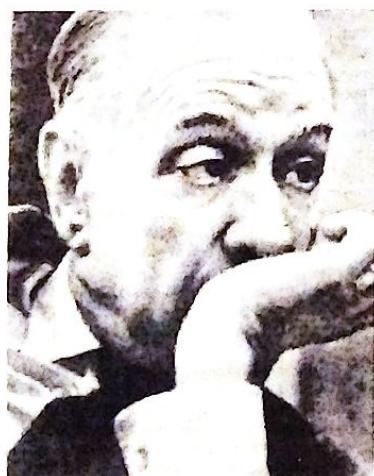
Jorge Luis Borges

Ginebra

De todas las ciudades del planeta, de las diversas e íntimas patrias que el hombre va buscando y moreciendo en el recorrido de los viajes, Ginebra me pareció la más propicia a la felicidad. Le debo, a partir de 1914, la revelación del francés, del latín, del alemán, del expresionismo, de Schopenhauer, de la doctrina de Buddha, del Taoísmo, de Conrad, de Lafcadio Hearn y de la nostalgia de Buenos Aires. También la del amor, la de la amistad, la de la humillación, y la de la tentación, del suicidio.

En la memoria todo es grato, hasta la desventura. Esas razones son personales; diré una de orden general. A diferencia de otras ciudades, Ginebra no es enlatada. París no ignora que es París, la decorosa Londres sabe que es Londres, Ginebra casi no sabe que es Ginebra. Las grandes sombras de Calvino, de Rousseau, de Amiel y de Ferdinand Hodler están aquí, pero nadie las recuerda al viajero. Ginebra, un poco a semejanza de Japón, se ha renovado sin perder sus ayeres. Perduraron las callejas montañosas de la Vieille Ville, perduran las campanas y las fuentes, pero también hay otra gran ciudad de librerías y comercios occidentales y orientales.

Sé que volveré siempre a Ginebra, quizás después de la muerte del cuerpo.



Este texto pertenece al libro: *Allas* (1984)



En un bello texto epitafio, Octavio Paz decía que es difícil resignarse ante la muerte de un hombre querido y admirado. Desde que nacemos esperamos siempre la muerte y siempre la muerte nos sorprende. Ella, la esperada, es siempre la inesperada. La siempre inmerecida. No importa que Borges haya muerto a los 86 años: no estaba maduro para morir. Nadie lo está, cualquiera que sea su edad.

Fama, la diosa griega hablale prodigado mimos hacia el final de esa larga y fecunda vida donde nadie como él supo moverse, ágil al principio, apoyado en su bastón después, pero siempre tímido y brillante, entre los suburbios de su ciudad, la pampa, los compadritos, las bibliotecas, los mil destinos de su allas personal, los laberintos, claras metáforas de un mundo vindicado por una de las sensibilidades más intensas que hayan existido.

El turbio y lento Río de La Plata, presente desde el inicio, tanto que Borges no podía precisar si sus primeros recuerdos se remontaban a la orilla oriental u occidental (Uruguay o Argentina), lo vio en ese trajinar absorto desde que nació en pleno centro de Buenos Aires el 24 de agosto de 1899, en una casona gris de dos plantas de la calle Tucumán entre Supachá y Esmeralda.

Pero shondar en los detalles de su vida, si bien es grato, tratándose de alguien querido y admirado, no es, creo, la mejor manera de recordarlo más allá de una amena velada entre amigos u hojear las innumerables publicaciones que sobre él se han escrito. Borges a contraluz de Estela Canto, la muchachita de la que estuvo largamente enamorado: el álbum biográfico de Jorge Luis Borges compilado por Teodosio Fernández, los esbozos biográfico críticos de Marcos Ricardo Barnatán o Emir Rodríguez Monegal, dos borgeanos borgélogos o, sin duda, la autobiografía dictada en inglés en 1970 a Norman Thomas di Giovanni, cuya versión completa en castellano recién apareció en 1999, son más que suficientes para

evocar al Borges hombre e iniciarse en su obra fascinante.

A lo largo de 60 años Jorge Luis Borges escribió más de 40 libros (sus obras completas publicadas por Emecé editores, consignan 44). El primero publicado, luego de algún intento fallido, fue *Fervor de Buenos Aires*, un poemario de cuando tenía 24 años. Le siguieron algunos otros poemarios y luego volúmenes de ensayos eruditos y brillantes sobre una infinidad de temas. En 1944 se publica el libro de relatos. *Ficciones* y cinco años después. *El Aleph*. Dos volúmenes magistralmente escritos que muestran el dominio absoluto del autor sobre el género cuento.

Más allá del exquisito cultivo de esas vastas y autosuficientes áreas de la literatura, Borges no intentó la escritura de otras formas literarias (omitimos los prólogos y las geniales respuestas que daba en las innumerables entrevistas que concedió). Por ejemplo la novela. De hecho, su oposición absolutamente consciente a encarar la escritura de una novela es algo conocida y a lo largo de su vida Borges fue desgranando un sin número de razones que explicaban aquella omisión. Sólo decir que sólo creía en lo que se pueda escribir de una sentada. Juzgaba a la novela un género artificioso o, incluso a veces, esgrimía como excusa una imposible pereza.

Sin embargo, si bien sin duda todas esas razones tienen su porción de verdad, deben ser matizadas en atención al conocido sentido del humor borgeano. Más íntimamente puede aventurarse una razón oculta o semi oculta para eludir la novela. Y esta razón no puede ser otra que la dedicada atención que Borges le daba al tiempo. Recordemos sus sendos textos en los que aborda la cuestión: *Historia de la eternidad* (1936), *Nueva refutación del tiempo* (en: *Otras inquisiciones*, 1952) por citar sólo dos ensayos donde trata la cuestión de manera explícita. Y no se trata tanto de la obvia diferencia entre el tiempo que se requiere para escribir un poema de pocas líneas y el que se ocupa en la escritura de una

